

A romantic couple is walking away from the viewer down a narrow, cobblestone street in Paris at night. The man is wearing a dark suit, a white shirt, and a dark hat, with a dark jacket draped over his shoulders. The woman is wearing a dark dress and a dark hat. They are walking towards a building with a thatched roof on the right and a white building in the distance. The street is illuminated by warm, glowing streetlights, and the scene is framed by bare tree branches at the top.

W. Somerset  
MAUGHAM

*Un extraño en París*

Para el joven inglés Charley Mason, la estancia de cinco días en París que le han regalado sus padres no será la celebración que él esperaba, sino un interludio inquietante en su vida, una experiencia reveladora que desestabilizará su corazón y su privilegiada vida familiar en el marco histórico de la Europa de entreguerras. Charley se reúne en París con Simon, periodista y amigo de la infancia. En el *cabaret Sé-rail*, Charley conoce a la Princesa Olga, mote de una enigmática joven rusa llamada Lydia, quien lo conmueve con la historia de su vida, su orfandad, su pobreza y su irracional devoción a un marido convicto. Por un breve tiempo, la segura, respetable y cómoda existencia de Charley se verá afectada por la de aquellos que no han disfrutado de tales bendiciones. Sus «vacaciones» en París harán que cambie para siempre.

## 1

Charley Mason salía aquella mañana de viaje. Por este motivo, su madre deseaba que tomara un buen desayuno; pero él estaba demasiado nervioso para poder comer tranquilamente. Era la víspera de Navidad, y salía hacia París. Hacía ya tres días que había terminado su trabajo en la oficina, y su padre, que no tenía obligación de ir a ningún despacho, lo llevó en su coche hasta la estación Victoria. Cuando se detuvieron unos minutos en los jardines de Grosvenor a causa del tránsito, Charley, temiendo perder el tren, palideció de inquietud. Su padre le sonrió con una expresión de malicia.

—Te queda casi media hora.

No obstante, sintieron un gran alivio al llegar.

—Bien. Hasta la vuelta, muchacho —le dijo su padre—. Que te diviertas, y no te molestes ni te preocupes por nada.

Cuando el barco llegó a Calais, la vista de las casas grises, altas y sucias lo llenó de alegría. Era un día frío y húmedo. El viento soplaba con furia. Cruzó el andén con rápidos pasos, como si volara. Potente, lujoso, impresionante, el *Flecha de Oro* se encontraba allí, aguardándolo. No era un tren como los demás, sino un símbolo de aventura. Se asomó por la ventanilla mientras hubo luz, alegrándose interiormente a medida que reconocía en los paisajes los temas de los cuadros que había visto en los museos: colinas y prados grises bajo un cielo plomizo, sucesivas aldeas de casas humildes con techos de pizarra, y, más allá, un triste y extenso panorama con campos roturados y árboles desnudos.

Pero el día parecía tener prisa por dejar atrás el lúgubre paisaje y cuando miró afuera sólo pudo ver su propio reflejo y, a sus espaldas, la brillante madera caoba de su compartimiento. Le hubiese gustado viajar en avión. Ése habría sido su deseo más vivo, pero su madre no se lo permitió. Ella había convencido a su padre de que en los comienzos del invierno era muy arriesgado efectuar una excursión de tal naturaleza, y éste, como siempre tan razonable, había autorizado el viaje a condición de que lo efectuara en tren.

Naturalmente, Charley ya había estado en París al menos una docena de veces, pero aquélla era la primera ocasión en que iba solo. Se trataba de un regalo especial, que su padre le había hecho por un motivo también especial. Se había cumplido un año de su ingreso en la oficina paterna y había obtenido buenas notas en los exámenes. Esto le permitía seguir con gran provecho la profesión que había elegido. Hasta donde podía recordar, tanto su padre como su madre, su hermana Patsy y él habían pasado siempre la Navidad en Godalming, en compañía de sus primos, los Terry-Mason; y nos vemos obligados a retroceder un poco para explicar la razón en virtud de la cual Leslie Mason, después de discutir el asunto con su esposa, había preguntado una tarde a su hijo, siempre con rostro bondadoso y sonriente, si en vez de estar con ellos, como de costumbre, le gustaría pasar algunos días en París, solo. Evidentemente, tenemos que retroceder hasta mediados del siglo XIX. Un hombre industrial e inteligente llamado Sibert Mason, que había sido jardinero mayor de una gran casa en Sussex y se había casado con la cocinera, compró con sus ahorros y los de su mujer algunas hectáreas al norte de Londres para establecerse como horticultor. Aunque por entonces tenía ya cuarenta años y su esposa sólo algunos menos, tuvieron ocho hijos. Él prosperó, y con el dinero ganado compró algunas parcelas más de terreno en lo que, todavía, era campo raso. La ciudad fue creciendo y la huerta alcanzó el valor de un terreno edificable. Con el crédito de un banco,

levantó una serie de casas y no tardó en alquilarlas todas. Sería prolijo dar cuenta de los pormenores de su progreso. Basta indicar que cuando murió, a los ochenta y cuatro años, las pocas hectáreas que había comprado para cultivar hortalizas con que abastecer a Covent Garden, junto con las tierras que había adquirido paulatinamente, a medida que se le presentaba la ocasión, estaban cubiertas de ladrillos y hormigón. Sibert Mason se había preocupado de que sus hijos recibieran la educación que él no había podido tener. Ellos elevaron su nivel social. El Residencial Mason, como lo había llamado con cierta pompa, se convirtió en una sociedad privada. A su muerte, cada hijo recibió como herencia una parte de las acciones.

El Residencial Mason fue muy bien administrado. Aunque no podía compararse en importancia con las casas de Westminster o Portman, ya que su situación era modesta y desde hacía algún tiempo había dejado de poseer valor como barrio urbanizado, las tiendas, bodegas y fábricas, los tugurios y las largas hileras de sucias casas de dos pisos producían unas rentas que permitían a sus propietarios, sin gran mérito y con poco esfuerzo, vivir como caballeros y damas, con arreglo a su nueva posición social.

En efecto, el jefe de familia era muy rico. Era el único hijo superviviente del primogénito del viejo Sibert, ya que su hermano había muerto en la guerra y su hermana había fallecido a causa de una fatal caída. Además, era miembro del Parlamento, y cuando el jubileo de Jorge V le fue concedido el título de *baronet*. Con este motivo añadió al suyo el nombre de su esposa, llamándose desde entonces *sir Wilfred Terry-Mason*. La familia tenía la esperanza de que su inquebrantable adhesión al partido *tory* y su sólida posición social y financiera harían que se le concediera el nombramiento de par del reino.

El menor de los numerosos nietos de Sibert, Leslie Mason, se educó primeramente en un colegio privado y luego en Cambridge. La parte que le correspondía del Residen-

cial le proporcionaba una renta de dos mil libras anuales, y a esta cantidad había que añadir otras mil que percibía en calidad de secretario de la sociedad. Una vez al año se reunían todos los familiares que se encontraban en Inglaterra durante esas fechas, pues algunos miembros de la tercera generación servían a su país en lejanas regiones del imperio y otros eran unos afortunados caballeros que con frecuencia pasaban temporadas en el extranjero. *Sir Wilfred*, como presidente de la entidad, presentaba balances sumamente satisfactorios que los contables habían preparado.

Leslie Mason era un hombre de múltiples facetas. Frisaba los cincuenta años. Era alto, apuesto, tenía unos bellos ojos azules, un hermoso cabello entrecano poco recortado y un saludable color, todo lo cual le daba un aspecto muy agradable. Parecía un militar o un gobernador de las colonias en uso de licencia, en vez del administrador de una sociedad. Nadie hubiese imaginado que su abuelo había sido jardinero y su abuela cocinera. Jugaba muy bien al golf, y disponía de bastante tiempo para este deporte. Pero Leslie Mason era algo más que un simple deportista. Le interesaba mucho el arte. Los restantes miembros de la familia carecían de semejantes debilidades y aceptaban con condescendencia sus predilecciones, pues en cierto modo les divertía. Sin embargo, cuando por una u otra razón alguno de ellos quería comprar un mueble o un cuadro, buscaban su consejo y lo seguían fielmente. No era de extrañar que tuviera ciertos conocimientos artísticos, pues se había casado con la hija de un pintor. John Peron, su suegro, pertenecía a la Real Academia, y durante mucho tiempo, en los últimos veinte años del siglo, había adquirido cierta celebridad pintando retratos de mujeres jóvenes vestidas con trajes del siglo XVIII rodeadas de caballeros ataviados según la misma moda. Los fondos eran generalmente jardines repletos de flores tradicionales, glorietas frondosas y salones amueblados correctamente con mesas y sillas de la época. Pero ahora los cuadros se vendían en Christie's al precio de

treinta chelines o dos libras. A la muerte de su padre, Venetia Mason había heredado numerosas pinturas que durante bastante tiempo permanecieron arrinconadas en el desván, vueltas contra la pared. Ni todo el cariño que ella había sentido por su padre podía convencerla de que aquellos cuadros no eran horriblos. Al matrimonio no le avergonzaba lo más mínimo que la abuela de Leslie hubiese sido cocinera. Algunas veces les agradaba hacer chistes con sus amigos sobre el particular. Pero, en cambio, cuando se hablaba de John Peron como pintor se sentían todos un poco turbados. Algunas obras suyas se exhibían colgadas en las paredes de los Mason, lo que se había convertido en motivo de mortificación para Venetia.

—¡Por Dios! ¿Todavía insistes en tener colgado el cuadro de papá? —decía ella—. ¿No te parece que está ya anticuado? ¿Por qué no lo cuelgas en la pared de alguna de las habitaciones que no se utilizan?

—Mi suegro era un agradable anciano —comentaba Leslie—. Poseía unos correctos modales, pero sospecho que no era un pintor excelente.

—Mi administrador pagó una buena suma por este cuadro. Me parece absurdo arrinconar en el desván una pintura que ha costado trescientas libras. Ahora bien, si te parece, me das ciento cincuenta y te lo venderé sin ningún inconveniente.

Aunque en el curso de tres generaciones los Mason se habían convertido en nobles, no habían perdido su espíritu comercial.

Desde su matrimonio, los Leslie Mason habían progresado bastante en gusto estético. De las paredes de la hermosa residencia que poseían en Porchester Close pendían cuadros de Wilson Steer, Augustus John, Duncan Grant y Vanessa Bell. Poseían además un Utrillo y un Vuillard, comprados ambos cuando estos dos maestros vendían sus cuadros a precios relativamente módicos. También tenían un Derain, un Marquet y un Chirico. Era imposible entrar en

aquella casa, bastante poco amueblada, sin advertir al momento que sus dueños estaban muy al tanto de las corrientes pictóricas. Raras veces dejaban de acudir a las exposiciones, y cuando iban a París no faltaban nunca a las de Rosenberg ni dejaban de dar un vistazo a las galerías de la Rue de Seine. Realmente les gustaban los cuadros y si aguardaban a que se publicaran las opiniones de los críticos y a que éstos estuviesen de acuerdo sobre sus méritos, se debía en parte a una modesta confianza en su propio juicio, y en parte al temor de hacer un mal negocio. Al fin y al cabo, los cuadros de John Peron habían sido elogiados en su tiempo por los críticos más importantes, y se habían vendido en varios centenares de libras. ¿Y cuánto valían ahora? Dos o tres libras. Esto les hacía proceder con cautela.

Pero no se preocupaban únicamente por la pintura, también les interesaba la música. Durante todo el invierno asistían a los conciertos sinfónicos. Tenían sus directores de orquesta favoritos y no toleraban que los compromisos sociales les impidieran asistir a sus conciertos. Una vez al año iban a escuchar *El anillo de los nibelungos*. Para ambos, la música constituía un verdadero placer. Tenían un gusto muy depurado y sabían distinguir el mérito de las composiciones con no escaso criterio. Nunca faltaban a los estrenos y pertenecían a varias sociedades donde se interpretaban obras que no estaban al alcance de la gente corriente. Leían con toda puntualidad, en cuanto aparecían, los libros de los que se hablaba, y lo hacían no sólo porque les gustaba, sino porque sentían una gran satisfacción en estar al corriente de todo. El arte les interesaba realmente, y hubiese sido injusto burlarse de ellos porque en sus apreciaciones les faltara valentía y originalidad. Tal vez fueran un poco convencionales en sus juicios, pero este convencionalismo era inherente a la alta cultura de su tiempo. No eran capaces de hacer ningún descubrimiento, pero apreciaban con rapidez lo que otros descubrían. Aunque no hubieran podido apreciar por sí solos nada extraordinario en Cézanne,



apenas se hubo reconocido que era un artista excepcional, ellos lo admitieron sinceramente. No se enorgullecían de su gusto estético, y no había la menor huella de pedantería en su manera de ser.

—Somos nada más que unos vulgares espectadores entre el público —decía Venetia.

—Y, por lo tanto, despreciados por los artistas, por la gente que realmente sabe lo que le gusta.

Podía considerarse una coincidencia feliz que les gustase más Debussy que Arthur Sullivan, y Virginia Woolf que John Galsworthy.

Esta preocupación que sentían por el arte hacía que dispusieran de poco tiempo para la vida social. No buscaban a los hombres poderosos ni a los distinguidos. Todos sus amigos eran excelentes personas, de cierta posición, pero no habían sido elegidos por su fortuna, sino porque se interesaban también por los temas del intelecto. Les tenían sin cuidado las fiestas, y tampoco las celebraban a menudo; sólo asistían a ellas cuando la educación lo exigía. Sin embargo, les gustaba invitar a cenar los domingos a los amigos cuando éstos les visitaban de paso, vestidos de calle, y les servían pescado, salchichas y pasteles. Oían después buena música y jugaban al *bridge*. La conversación era inteligente, y las reuniones resultaban tan agradables y sin pretensiones como el carácter de los mismos Mason. Aunque los visitantes acudían en sus propios coches, y casi todos poseían una renta no inferior a cinco mil libras anuales, se jactaban de que el ambiente fuera totalmente bohemio.

No obstante, Leslie Mason se sentía mucho más dichoso al pasar la tarde en familia, sin tener que asistir a ningún concierto o estreno. Gozaba reuniendo a sus parientes. Su esposa había sido una mujer de gran belleza, y aún ahora, en su edad madura, se conservaba maravillosamente. Era casi de su misma estatura, con ojos azules y un suave cabello castaño en el que asomaban algunas canas. Tenía tendencia a engordar, pero su estatura le permitía alcanzar

dignamente cierta corpulencia, que ella controlaba con un severo régimen. Tenía la frente amplia, el semblante franco y la sonrisa tímida. A pesar de que se vestía en París, y no con un modisto de moda, sino con una simple costurera desconocida, nunca logró parecer otra cosa que una inglesa distinguida. Lo llevaba todo con naturalidad, y aunque alguna vez se comprara un sombrero muy llamativo en Rebourg, tan pronto como se lo probaba parecía que lo había adquirido en los Almacenes del Ejército y la Marina de Londres. Nunca perdía su personalidad: la de una honesta dama de la clase media y de desahogada posición. Había amado a su esposo cuando se casó con él, y lo amaba todavía. A consecuencia de sus gustos comunes, no era extraño que viviesen en buena armonía. Desde el comienzo de su vida de casados habían convenido en que ella sabía más de pintura que él, y él más de música que ella. De esa forma, cada uno de ellos se sometía al juicio superior del otro. Por esta razón, cuando se comentó la última obra de Picasso, Leslie dijo:

—Bien. No tengo inconveniente en confesar que me costó mucho poder apreciarla en su verdadero valor, pero Venetia no dudó un instante. Con su característica visión, la comprendió inmediatamente.

Por su parte, la señora Mason también confesaba que había tenido que oír tres o cuatro veces una obra de Sibelius para llegar a comprender exactamente lo que Leslie quería dar a entender cuando afirmaba que, desde cierto punto de vista, no era inferior a Beethoven. Y concluía de este modo:

—Evidentemente, Leslie es un entendido en música. A su lado soy casi una ignorante.

Tanto Leslie como Venetia no sólo eran felices uno con otro, sino también con sus hijos. Tenían dos, lo que según ellos era lo ideal, puesto que uno solo puede mimarse demasiado, y tres o cuatro representan un gasto excesivo que les hubiera impedido vivir con comodidad y no les hubiera

permitido asegurarles el porvenir. Tomaron en serio su deber de padres. En lugar de colocar en las paredes de las habitaciones de los niños cuadros infantiles y sin interés, las habían decorado con reproducciones de Van Gogh, Gauguin y Marie Laurencin, con el único propósito de que, desde los primeros años, se formara ya el gusto de los hijos. Con el mismo cuidado habían elegido los discos para el gramófono de su sala de juegos, y habían conseguido que antes de que aprendieran a manejar la bicicleta les fueran familiares las composiciones de Mozart, Haydn, Beethoven y Wagner. En cuanto alcanzaron la edad conveniente les hicieron aprender a tocar el piano con buenos profesores, y singularmente Charley demostró poseer grandes aptitudes. Ambos niños asistían también asiduamente a los conciertos. Concurrían a los que se celebraban los domingos, siguiendo la música con la partitura, y esperando durante varias horas para conseguir un asiento de general en el Covent Garden, ya que sus padres no creían necesario comprar para ellos localidades de precio más elevado; creían que así demostraban verdadero entusiasmo por la música al escucharla con cierta incomodidad. A los Mason les interesaban poco los clásicos, y por este motivo visitaban raras veces la National Gallery, excepto cuando los periódicos comentaban extensa o apasionadamente una nueva adquisición. No obstante, les parecía lógico familiarizar a sus hijos con los grandes maestros del pasado, y en cuanto alcanzaron la edad conveniente los llevaban con frecuencia a la National Gallery. No tardaron en comprender, sin embargo, que si querían facilitarles cierta distracción debían hacerles visitar la Tate Gallery. Con gran satisfacción comprobaron que los maestros modernos les interesaban más que los antiguos.

—Invita a la reflexión ver a dos chiquillos apreciar a Matisse con la misma facilidad con que un pato se lanza al agua —dijo Leslie a su esposa, con una sonrisa de orgullo brillando en sus bondadosas pupilas.

Ella lo miró a su vez, pero su mirada era triste a la par que divertida.

—Creen que estoy un poco pasada de moda porque me gusta todavía Monet. Me han dicho que parece una tarjeta postal.

—No importa. Nosotros cultivamos sus gustos. Creo que no debemos lamentarnos porque se nos adelanten.

Venetia Mason rió dulce y amorosamente.

—No vayas a suponer que me disgusta si piensan que estoy irremediablemente pasada de moda. Digan lo que digan, me seguirán gustando Monet, Manet y Degas.

No sólo se habían ocupado de la educación artística de sus hijos, sino que se habían también interesado en que no fueran afectados y tuvieran una buena preparación deportiva. Sus dos hijos montaban muy bien a caballo. Charley era muy buen tirador. Patsy, que había cumplido recientemente los dieciocho años, estudiaba en la Real Academia de Música. Terminaría en mayo sus estudios, y celebrarían un baile en el Claridge. *Lady Terry-Mason* la presentaría en la corte. Patsy, con sus ojos azules y su cabello rubio, con su delicada figura y su encantadora y alegre sonrisa, era tan bella que sin duda alguna no tardaría en ser cortejada. El deseo de Leslie era casarla con algún joven abogado que tuviera ambiciones políticas. Para alguien así, con el dinero que ella había de heredar más tarde y con su cultura sería una excelente esposa. Pero también sería el final de la unida, cómoda y feliz vida familiar que habían llevado hasta entonces. Se acabarían para siempre aquellas agradables veladas hogareñas en que los cuatro cenaban reunidos en torno a la mesa del magnífico comedor, sobre cuyo aparador estilo Chippendale aparecía la cabeza disecada de un novillo. La mesa brillaba con la cristalería Waterford y la vajilla de plata georgiana, servida por diestras criadas impecablemente uniformadas. La cena, muy inglesa y sencilla, estaba bien preparada. Después se enzarzaban en una animada charla sobre literatura, pintura y teatro, bebían un vaso de oporto,

y terminaba la velada con un poco de música en el salón y la correspondiente partida de *bridge*. Con cierto egoísmo, Venetia pensaba que aún habían de transcurrir algunos años antes de que Charley pudiera contraer matrimonio.

Charley había nacido durante la guerra. Tenía veintitrés años. Cuando Leslie fue trasladado y marchó a Godalming para reunirse con el cabeza de familia, que era ya miembro del Parlamento, estuvo a punto, por consejo de *sir* Wilfred, de que lo enviaran a Eton. Leslie no quería oír hablar de ello. Los gastos no tenían importancia al lado del riesgo que representaba enviar a su hijo a un colegio donde le inculcarían gustos extravagantes y adquiriría unas ideas incompatibles con la posición social que había de corresponderle en el futuro.

—Yo estudié en Rugby —dijo en aquella ocasión—. Y creo que él también debe ir a este colegio.

—Me parece que estás cometiendo un error, Leslie. Yo he enviado a mis hijos a Eton. Por fortuna no soy un esnob pero tampoco soy tonto. Y ha de admitirse que estudiar en Eton es, socialmente, algo muy importante.

—En esto estamos de acuerdo. Pero mi posición es muy distinta de la tuya. Tú, Wilfred, eres un hombre muy rico, y si todo sucede como es de esperar terminarás siendo miembro de la Cámara de los Lores. Me parece muy bien que des a tus hijos una educación que les permita con el tiempo ocupar el lugar que en la sociedad ha de corresponderles. Pero aunque oficialmente desempeño el cargo de secretario del Residencial Mason (y esto no suena del todo mal), soy tan sólo el administrador, y no pretendo dar a mi hijo una educación que no le corresponda, es decir, de gran caballero. Quiero que me suceda como administrador de la casa.

Al hablar de ese modo, Leslie empleaba una diplomacia ingenua. Según el testamento del viejo Sibert y lo que ya hemos contado, *sir* Wilfred era entonces poseedor de las tres octavas partes de los bienes del Residencial Mason, lo

que se traducía en una renta bastante considerable, a la que por otra parte había que añadir los arriendos, el valor de la propiedad y los incrementos logrados por la buena administración. Todo esto aumentaba considerablemente la cifra. No se podía negar que era un hombre inteligente y activo. Su posición y su riqueza le daban una influencia tal entre la familia que no había nadie que discutiera sus decisiones. Y a él tampoco le disgustaba reconocerlo.

—¿Insinúas acaso que te gustaría que tu hijo te sucediera en el cargo?

—Ha sido un puesto excelente para mí. ¿Acaso no podría serlo para él? No sabemos lo que puede ocurrir mañana. Tal vez cuando sea mayor se sienta muy satisfecho de vivir cómodamente con mil libras al año. Claro que tú eres el que manda.

Sir Wilfred hizo un ademán como pretendiendo indicar modestamente que desaprobaba esa apreciación.

—Como todos vosotros, soy un accionista más; pero, por lo que a mí respecta, si te interesa ese puesto para tu hijo cuenta con él. Para entonces tal vez yo me haya muerto.

—Perteneces a una familia de longevos, y es de esperar que vivas tanto como el viejo Sibert. No creo, sin embargo, que nadie se sienta perjudicado si comunicamos a los demás que se ha decidido que mi hijo desempeñará mis obligaciones cuando yo me retire.

Con objeto de que sus hijos ampliaran sus horizontes, los Mason pasaban sus vacaciones en el extranjero; en invierno, en sitios donde podían practicar esquí, y en verano, en los balnearios del sur de Francia. En una o dos ocasiones, siguiendo este criterio digno de elogio, efectuaron excursiones a Italia y Holanda. Cuando Charley concluyó sus estudios, su padre decidió que antes de ingresar en Cambridge pasara seis meses en Tours para que aprendiera francés. Pero el resultado de su estancia en esa agradable ciudad pudo haber sido de funestas consecuencias, pues a

su regreso declaró que no quería ir a Cambridge sino a París. Añadió que su decisión era ser pintor. Sus padres quedaron mudos de asombro. Sentían por el arte una vocación verdadera. Con frecuencia habían dicho que era lo mejor de sus vidas. Y, en efecto, Leslie, al que muchas veces le gustaba perderse en divagaciones filosóficas, se inclinaba a pensar que solamente el arte redimía de la insensatez humana. Sentía el más profundo respeto por los artistas. Pero jamás había soñado que un miembro de su familia, y menos aún su propio hijo, adoptara una profesión tan insegura, tan irregular y en muchos casos tan poco lucrativa. Por su parte, Venetia no podía olvidar el destino que le cupo en suerte a su padre. Sería injusto decir que los Mason se hubiesen entregado a la desesperación al ver que su hijo se había tomado el arte mucho más en serio de lo que ellos hubieran podido suponer. Su interés no podía haber sido más sincero, pero su actitud era la de unos padres previsores. Nadie habría sido más bohemio que ellos si hubiese llegado el caso, pero la herencia de los Mason los respaldaba y eso marcaba una diferencia. Por esta razón no les preocupó mucho la decisión de su hijo, al menos desde el punto de vista económico. Sin embargo, eso no quería decir que la aprobasen. Su reacción ante la declaración de Charley era perfectamente clara; pero estaban seguros de que sería muy difícil hacerle ver las desventajas, sobre todo si querían que su actitud no pareciera al muchacho un engaño o una falta de sinceridad.

—No puedo imaginarme cómo ha podido metérsele en la cabeza esa idea —decía Leslie, comentando con su esposa la decisión de Charley.

—Será hereditario, supongo. Recordemos que mi padre fue artista.

—Solamente pintor, querida. Fue todo un caballero y un incomparable conversador, pero nadie podría llamarlo artista. —Venetia se ruborizó. Leslie advirtió que la había herido en sus sentimientos, y se apresuró a reparar su falta—. Si